

Jeromin

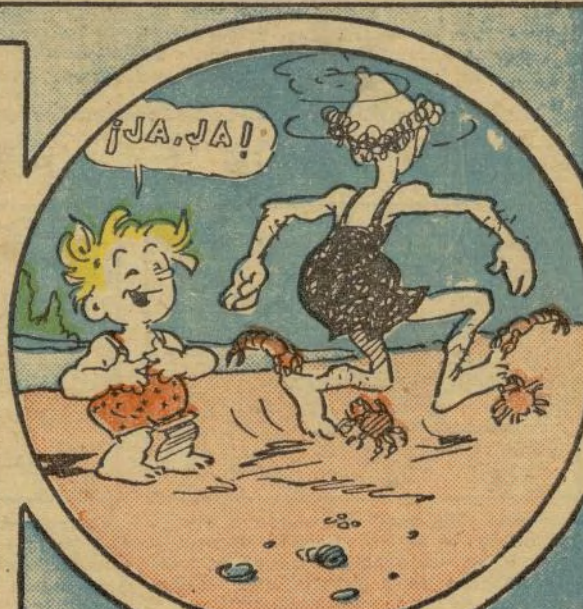
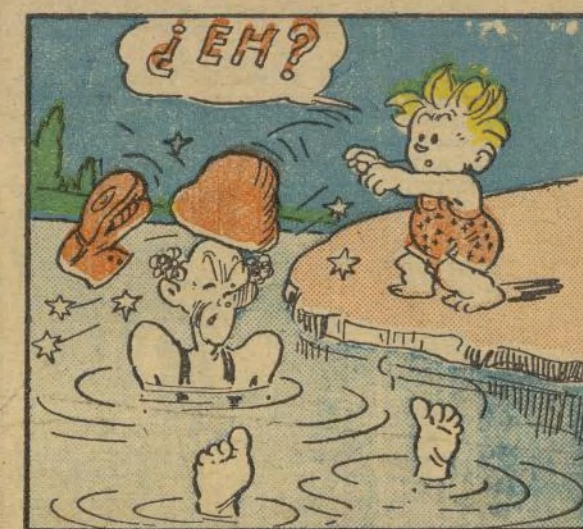
10 cts

AÑO VI.—NUM. 331

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

12 de septiembre de 1935

EL BAÑO

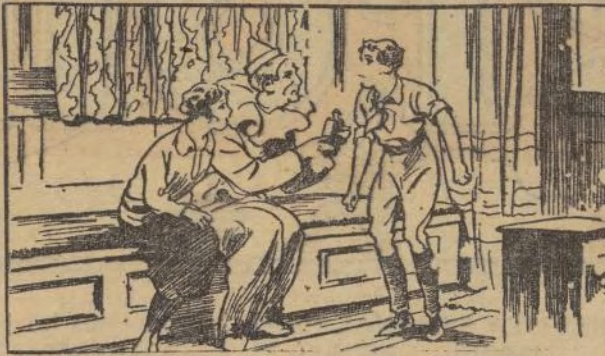


Resumen de lo publicado.— El huérfano Antonio trabaja en el circo Smith. Son muy amigos suyos Mercedes, la hija del señor Smith, y el "clown" Joey. Un día hallan a los leones alborotados.

COMPANEROS DE CIRCO



Los tres amigos, Mercedes, Antonio y Joey, fueron al carromato de estos últimos para merendar allí. Joey sacó de su bolsillo el frasco que habían encontrado y lo destapó. "¡Hum!—exclamó después de oler su contenido— ¡Esto es un veneno mortal!"



"¿Un veneno?—repitió Mercedes atemorizada.— ¡Pero cómo ha podido venir este frasco al sitio donde lo hemos hallado?" Joey, que había estado examinando la etiqueta del recipiente, dijo a los muchachos: "¡Este frasco ha pertenecido a Beppo!"



Había llegado el buen tiempo. El señor Smith concedía a los jóvenes muchas horas de tiempo libre para que las aprovecharan dando paseos por el campo. "¡Id a respirar aire puro!"—les decía—. Y los muchachos un día salieron de excursión.



Estaba ya muy entrada la primavera, y la naturaleza renacía, vistiéndose de verde follaje. "¡Vayamos al bosque, Antonio!"—indicó Mercedes—. "¡Allí podremos coger flores!" Llegaron, pues, al bosque, y Antonio encendió fuego para calentar la comida.



Mercedes había traído abundantes y sabrosas provisiones, y ambos comieron suculentemente y con excelente apetito. Cuando acabaron, Mercedes recogió los restos y utensilios y se puso a buscar flores. De pronto, Antonio lanzó un grito de alarma.



"¡Parece que huele a quemado! ¡Algo debe de arder por aquí cerca!" Y volviendo con ansiedad la vista en torno suyo, quedóse suspeso al ver que subían negras espirales de humo del sitio donde poco antes habían estado almorzando.

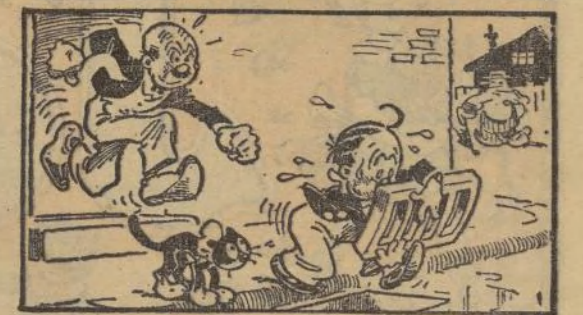


Mientras Antonio y Mercedes contemplaban el espectáculo con ojos atónitos, una gran llamarada brotó repentina entre el humo. "¡Mercedes! ¡El bosque comienza a arder!"—exclamó Antonio alarmado—. Y cogiendo de la mano a su compañera, echó a correr.



Ya no podían regresar por el camino por donde habían venido, y comenzaron a marchar a la aventura, sin saber exactamente hacia dónde dirigirse. "¡Antonio, tengo miedo!"—gritó Mercedes al ver que las llamas se propagaban y parecían seguirles.

DON BONIFACIO Y MANOLIN



Manolin ha debido de hacerle alguna faena a don Bonifacio, a juzgar por la forma en que éste le persigue.



El chiquillo supo quitarse de encima al bondadoso señor, que fué a caer dentro de una olorosa alcantarilla.



Pero Plácido, el guardia más elegante de la ciudad, ordenó a Manolin que tapara la alcantarilla inmediatamente.



Cuando éste lo hizo ya subía a flote don Boni, que sintió sobre su cabeza el peso de la rejilla, y vió las estrellas.



Y ved de qué manera presentó Plácido a don Bonifacio a la esposa de éste, el cual olía, y no a ámbar precisamente.

EL PERRITO VAGABUNDO



El perrito "Pelanas" ha salido a dar un paseito y se ha quedado dormidito apoyado en un árbol, cosa que aprovecha Bernabé para jugarle una feísima partida.



Cuando el automóvil se puso en marcha tiró de la cuerda, y al quedar en tensión impulsó a "Pelanas", que fué a despertarse a unos metros de altura.



Pero Bernabé no contaba con que el perrito tenía que caer. Y cayó en la cesta de las viandas que el travieso muchacho iba a entregar a un cliente de su papá.



Y con lo que tampoco contó Bernabé fué con este bonito remojón, justo castigo a su perversidad, ni con la huida de "Pelanas" y un jamón, que se llevó "distraidamente".



Resumen de lo publicado.—Martín es un muchacho huérfano, que sirve en el castillo de los misterios, donde vive el señor Gale con su sobrina Margarita. Esta se ha hecho amiga del muchacho, y ambos son perseguidos por una banda de contrabandistas que merodean por el castillo. Un día la cocinera Juana envía a Martín al pueblo en busca de provisiones.



Tan pronto como Martín saltó por la portilla de la finca se le echó encima un hombre, que le cogió fuertemente por el hombro. Era el capitán Morgan con su gancho de hierro, en vez de mano izquierda. "Déjeme usted"—comenzó a gritar Martín.



Viendo que el capitán Morgan no llevaba trazas de soltarlo, Martín le acometió, dándole un tremendo golpe con la cabeza en el estómago y tumbándole de espaldas: "¡Ahora me dejará usted!"—exclamó el muchacho triunfador.



Sin perder momento, Martín echó a correr por la senda que conducía hacia el pueblo, y se hallaba ya a más de sesenta metros cuando el capitán Morgan pudo levantarse. "¡Detente, loco, y óyeme!"—comenzó a gritar al muchacho.



Pero Martín corría desalado, y cuando se halló ya fuera del alcance de Morgan comenzó a pensar: "¡Ya voy comprendiéndolo todo. Juana me ha enviado al pueblo para que Morgan pudiese echarme mano!"



Pero mientras tal pensaba y seguía corriendo, poco se imaginaba el nuevo peligro al que se iba acercando. Detrás de unos tupidos arbustos, tres hombres, mal encarados, le esperaban. "¡Ahí viene!"—exclamaron al verle llegar.



El desprevenido Martín se topó de manos a boca con aquellos tres sujetos que le salieron al encuentro en ademán amenazador: "¡A él, muchachos!"—gritó el que parecía jefe, con voz iracunda.



Martín no era hombre que se rindiese sin lucha. Antes de que aquellos tres galopines pudiesen llegar hasta él, ya se había apoderado de una estaca, que, por casualidad, divisó cerca de sus pies en el mismo camino que seguía.



Un momento después avanzaba al encuentro de sus agresores, y, blandiendo la estaca sobre su cabeza, descargó tal golpe en la cara del jefe de aquellos rufianes que le hizo rodar por tierra sin sentido pesadamente. El malvado no tuvo tiempo ni de pronunciar un ¡ay!



La caída del jefe causó en los otros dos bribones manifiesta turbación, y Martín aprovechó aquellos momentos de tregua para huir por el sendero que venía siguiendo. Con una ligereza de gamo echó a correr, sin que a sus agresores les quedara posibilidad de alcanzarle.



Pero de pronto sobrevino una catástrofe inesperada. Cuando Martín corría por el sendero del prado, la tierra le falló bajo sus pies y se sintió arrastrado hacia un abismo. Un grito desgarrador se escapó de sus labios. ¡Entonces sí que no había salvación para él!

¿Qué le sucederá a Martín? Palparéis de emoción leyendo la continuación de esta historia el próximo jueves

EL HUESPED CUENTO

Benito el pueblerino vino a pasar unos días a la ciudad a la casa de sus primos. Estos recibieron muy complacidos a Benito, que llegaba con las alforjas bien repletas de comestibles y con cestas llenas de sabrosos embutidos de todo lo mejor que se producía en el pueblecillo, y que había reservado cuidadosamente para sus parientes.

Estos se deslumbraron ante tantos regalos y se esforzaron en demostrarle su reconocimiento.

—¡Caramba, Benito, cuánto tiempo sin verte!

—¿Qué gordo y qué bueno estás!

—Benito de mi alma!

—Primo de mi corazón!

—Y qué, ¿por mucho tiempo entre nosotros?

—Hasta que me echéis—apuntó el paleta tranquilamente.

—¡Oh, querido pariente, hasta toda la vida entonces, pues no faltaba más!

—Ni que decir tiene, hombre. Tú te quedas aquí hasta que te canses.

Y sucedió que Benito no se cansaba y continuó días y días en la capital, usando de la hospitalidad de sus primos. Pero éstos habían consumido las provisiones que trajo Benito y se les había pasado ya el deslumbramiento de los rega-

los. En definitiva, que no sabían cómo echar de su casa a Benito sin que éste se enfadase, pues no era cosa de indisponerse con un pariente rico y que les tenía a ellos por únicos herederos.

El resultado de todo aquello es que Benito seguía en la capital, y cada minuto que pasaba era un motivo de sufrimiento para los egoístas primos, que no sabían cómo desprenderse del paleta.

Al fin, la mujer pareció haber encontrado la solución y lo puso en conocimiento del marido.

—Escucha—le dijo—, tú y yo regaña-



mos esta noche, y si es preciso llegaremos a las manos. Si tu primo pretende separarnos, tú le das un empujón, le arrojas al suelo y le dices que no toleras que se inmiscuya en nuestros asuntos.

—Muy bien—arguyó el marido.

—Si acaso él no se diera por aludido—prosiguió la mujer—, entonces le explicamos el motivo de nuestro regaño y le pedimos que dé su opinión. Si la da favorable a ti, yo me enfadaré y le expulsaré de la casa; y si, por el contrario, se pone de tu parte, tú serás quien lo haga. ¿Estamos de acuerdo?

—Convenido—repuso el esposo. Y así quedó acordado.

Pero Benito había oído todo, y cuando, a la noche, los esposos comenzaron a regañar, él siguió comiendo sin dar muestras de tratar de intervenir, sino que, al contrario, se repantigó en la silla y allí asistió complacido al momento en que el esposo le propinó a la esposa una bofetada y al instante en que ella le mordió con saña en las narices.

Viendo los contendientes que su primo no hacía ánimo de separarse, optaron por cesar ellos solos en las hostilidades, y, desgredados y aporreados, se acercaron al impassible espectador, pidiéndole con destemplados gritos que les dijese quién de los dos tenía razón.

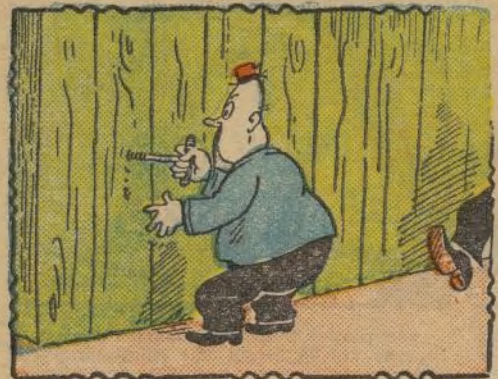
Y, ante el asombro de ambos, el primo habló así:

—Si le doy la razón a uno, me indispone con el otro; así es que seguid pegándoos e insultándoos, pues yo no



pienso darme por enterado. Estoy muy contento en vuestra casa y no quiero disgustos.

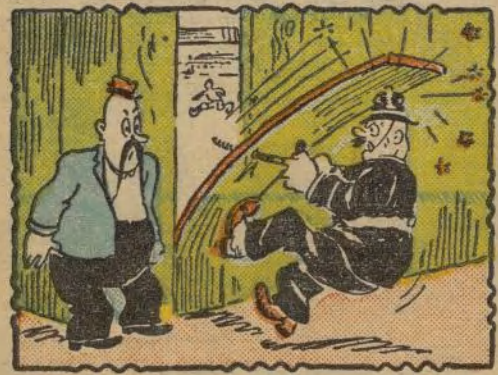
Y continuó allí hasta que se cansó.



Don Severo no tenía dos pesetas para presenciar un magnífico partido de fútbol, y para no quedarse con las



ganas, decidió hacer un agujero en la valla. En esto estaba, cuando se presentó un guardia, que trató de sacar la



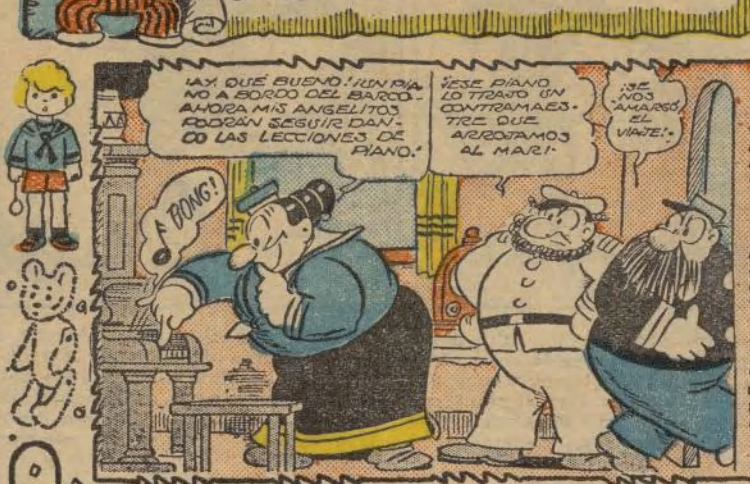
barrena que don Severo había metido en la tabla. La barrena se resistía a salir, y al dar un fuerte tirón, arran-



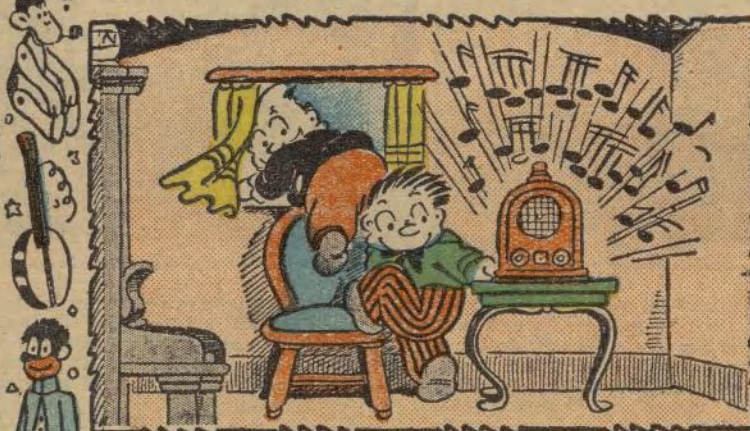
có la tabla, cayendo el guardia de espaldas abrazado a ella. Don Severo vio que el guardia le ofrecía una entrada al campo, por la que se coló.



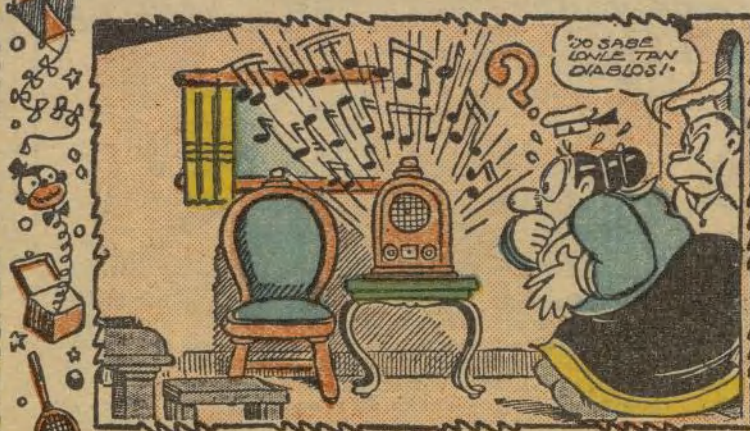
—Has engordado mucho, Centella, y tienes que hacer ejercicio para que te encuentres ágil, fuerte y arrogante.



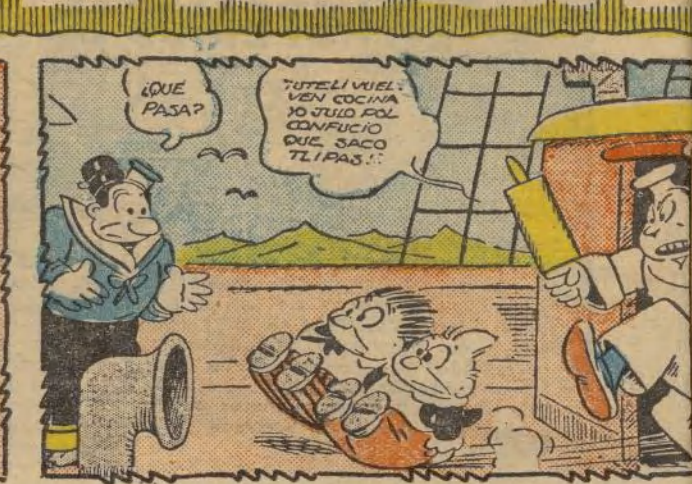
Mamá Tecla está contenta porque un piano ha encontrado. "Esta tía nos revienta", Terre-Moto ha murmurado.



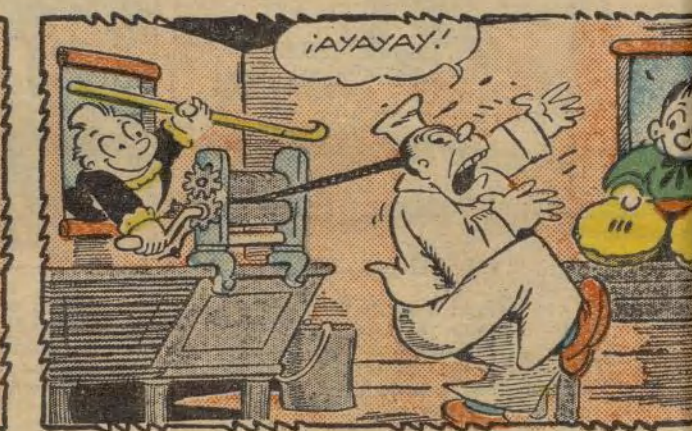
Por la ventana se escapan burlando la vigilancia, y piensan: "Si nos atrapan, palos habrá en abundancia".



Rauda, cual exhalación, mamá Tecla se levanta. Tan fuerte es su indignación, que hasta los peces espanta.



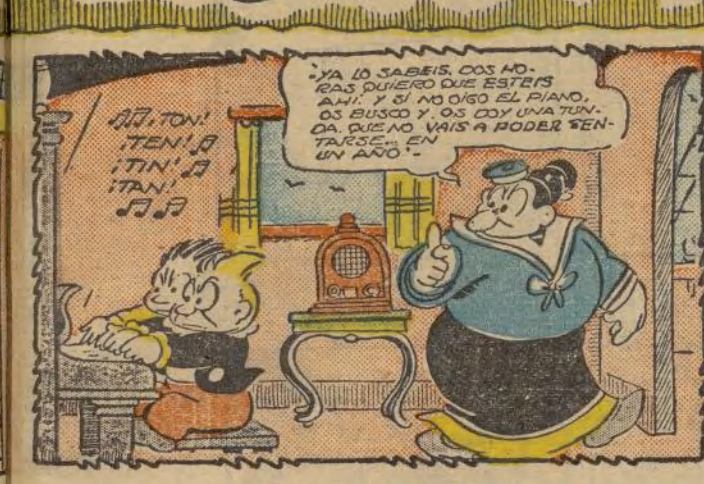
"Salgan de aquí, par de pillos; ya venían a robarme, pero juro en sus cu... chillos! fiera venganza tomarme."



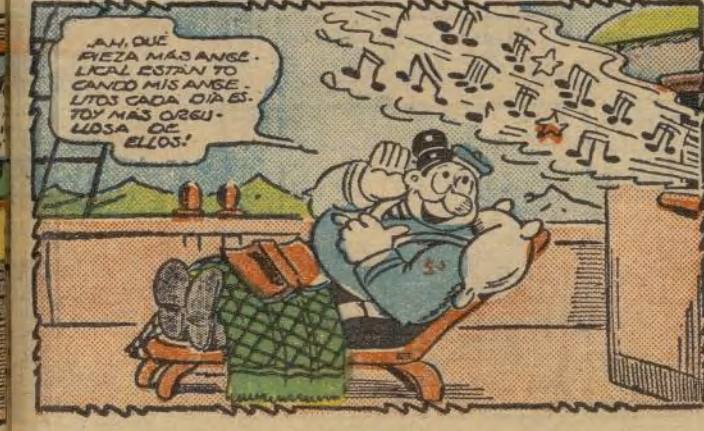
Es su primera intención vengarse del cocinero, y le dan un palizón con mucha gracia y salero.



Y, guiada por el chino, pronto encuentra a los ladrones y, enfurecida sin tino, les sacude tres morrones.



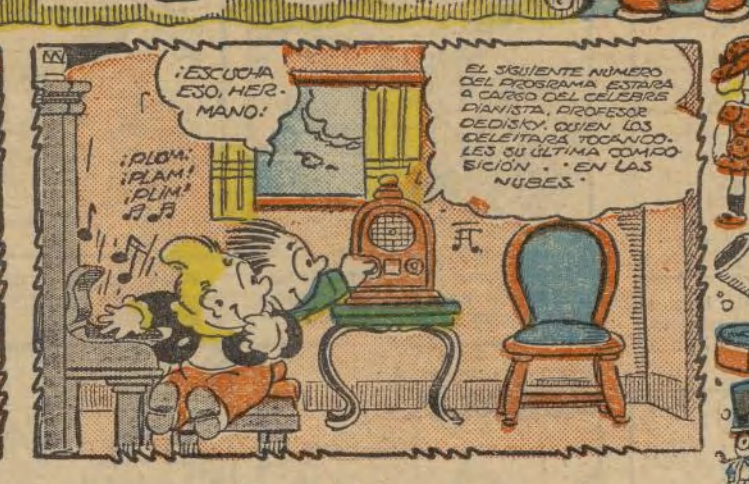
Cogió la fiera señora a un hermano y otro hermano y les mandó que una hora estudiasen al piano.



Mamá Tecla escucha atenta y ha picado en el anzuelo, y sigue sin darse cuenta que le están tomando el pelo.



Sigue la dama en la liza dando gritos iracundos, y les pega una paliza que se oye en ambos mundos.



Pero, al instante, pensaron fugarse los hermanitos, y la "radio" conectaron aquellos dos angelitos.



Pero el cocinero llega del gran engaño a dar fe, gritando: "¡Es una pega! Le están tomando el tupé."



"Señora, si usted no calla, viene una sublevación" "¡Fuera de aquí, so canalla; no se acaba la lección!" (Continúa)



Teresa jugaba con su balón, cuando vio que venía una cabra con ánimos de toparla. Un chico aprovechó



la ocasión para quitarla la pelota. Teresa, que corría desenfrenada, tropezó y cayó en el momento que la cabra



se lanzaba contra ella, pero como la niña estaba en el suelo, fué a dar el topetazo al chico, que contemplaba la



pelota. El chico soltó la pelota, que rescató Teresa, y salió corriendo, perseguido por la cabra, mientras Teresa celebraba la aventura.

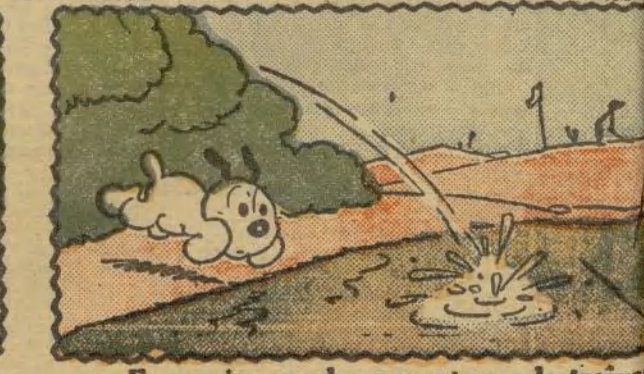
Risa para la semana con "Carrete Porcelana"



—Has engordado mucho, Centella, y tienes que hacer ejercicio para que te encuentres ágil, fuerte y arrogante.



—Los ejercicios siempre es debido hacerlos bien, hasta en las oposiciones. Corre y tráeme esa pelota. ¡Arrea, que vas por hilo!



—Es preciso que la encuentres y la traigas. ¡Vamos por ella, Centella! ¡Cógela corriendo como si fuese una chuleta de solomillo!



—Es muy conveniente educar a los perros en estos ejercicios, pues un día se nos escapa el caballo y nos lo trae al instante.



—¡Mil bombas!, como dice mi abuelo cuando le ponen la sopa fría. Ese canalla de perro ha fracasado y he perdido la pelota.



—¡Ahí va mi tío en motocicleta! Centella me ha traído todas las pelotas del campo de "golf". ¡Choca la garra, Centella!

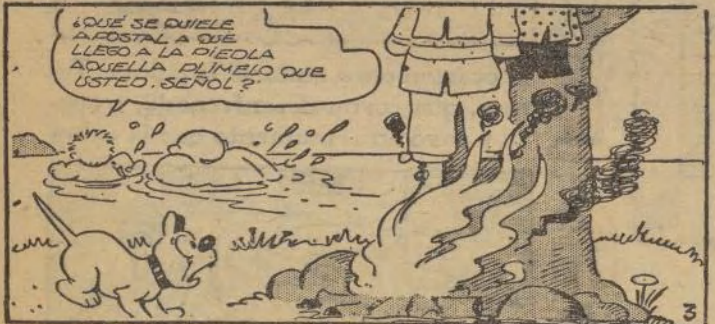
DON SIMPLÓN Y DINAMITA



"Este es el mejor sitio para bañarnos. Velá usted qué bien se nadal y cómo hago el muelto, el medio muelto y el casi muelto." "Sí, bañémonos aquí, pero cállate de una vez y no seas bestia."



"Vamos a colgal aquí la lopa. Velá cuando salgamos del baño cómo se le van a quedad glande y no le pasa lo que a mí, que se me queda bien porque me baño a menudo, dos veces al año."



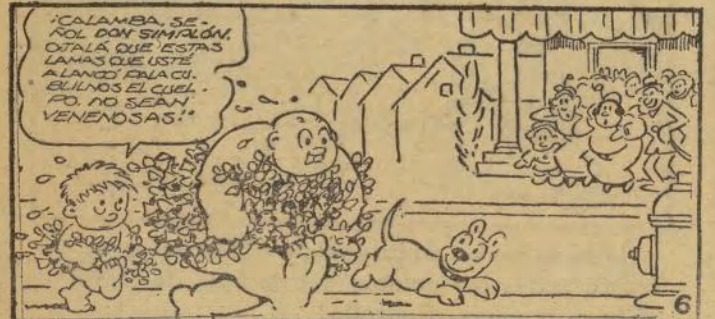
"Da gusto nadal y gualdal la lopa; qué bien cuando salgamos y esté sequita y calentita, bien pegadita a la tiipita." "Pero cállate, bestia de niño, y no hables tanto, que me desafinas el timpano."



"Me parece que ha oculilo aun tlagelia, porque "Linamita" no deja de ladlá. Vamos pa la olila, no sea que se haya hundido la caletela y no podamos regresal." "Pero que te calles, niño."



"¡Dios mío! ¡La ropa se ha quemado en la hoguera! ¡Oh, qué catástrofe!" "¡Ahí va la resastlelia y qué bodlio habemos olganizado. Ya se lo decía yo a ustel que algo oculía en la olila."

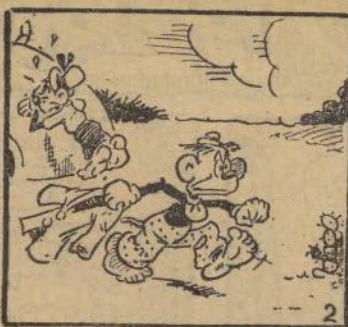


"Ya nos han puesto siete multas, don Simplón; he visto a otro guardia que apuntaba en un papelito y decía: "Siete dulos por onlecentes". ¡Ahí va qué lisa, y cuánto linelo que va usted a pagal!"

MIKITO Y EL ABRIGO DE SU SEÑORA



Los esposos Mikito van de paseo y ven a doña Elefantona, que luce un gabán de pieles.



Mikito siente el deseo de uno igual y llora mientras Mikito va a buscarle.



El cazará al primer animal que pase, con cuya piel confeccionará el gabán.



Y escondido tras una esquina, espera con una estaca, a que caiga la víctima.



La víctima es un asno, que, concienzudamente, metía el diente a la zanahoria.



El asno era un burro incapaz de comprender lo que es un gabán y soltó unas coces.



Mikito fué a parar de cabeza a un árbol, cuyo tronco vierte un líquido pegajoso del que se extrae el caucho.



Y como el líquido caía sobre la chaqueta de Mikito, éste ideó un plan para convertirla en un gabán de pieles.



Soltó una verdadera plaga de polillas detrás de la presuntuosa Elefantona, que seguía postinendo.



Pronto las polillas comenzaron a atacar las pieles del gabán de Elefantona, cosa que observó Mikito.

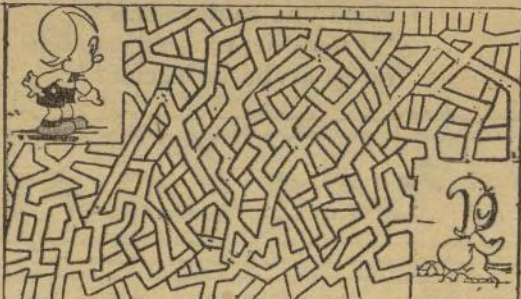


Entonces éste puso en práctica su sistema de elaboración "a fuelle" de gabanes de pieles con pelo postizo.

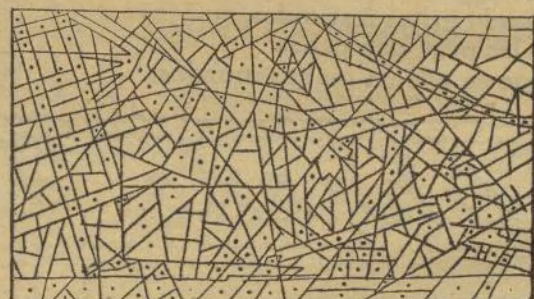


Y mientras Elefantona vió su hermosa prenda convertida en un guñapo, Mikito paseaba satisfecho.

PASATIEMPOS

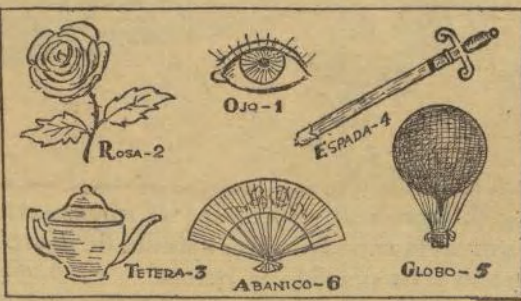


Bimbete está oyendo los gritos que le da "Laura", pero no puede reunirse con ella porque desconoce el camino. ¿Se lo indicaráis?



Rellenad de negro los espacios señalados con un punto y veréis aparecer una insospechada silueta.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Escribir las letras iniciales por el orden que indican los números, y veréis que la solución es Ortega. Ayuntamiento de Madrid



Aun cuando ya suponemos que lo habréis resuelto, aquí damos la solución exacta al dibujo del número anterior.

Andanzas de Miguelín EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

PARA SALVAR EL GANADO



"Mira, Maruja—dijo Miguelín a su amiga tirando de las riendas a su caballo al llegar al límite del bosque—. ¡Esas son las vacas que le robaron a tu padre! ¡Y esos que están junto a ellas son los ladrones!" Diciendo esto se apeó de su cabalgadura.



Dejando a Maruja al cuidado de los dos caballos, Miguelín avanzó cautelosamente, arrastrándose por entre peñas y arbustos, hasta llegar a donde estaban los caballos de los ladrones paciendo tranquilamente y atados a un árbol.



Miguelín los soltó, y lanzando luego contra ellos algunas piedras los asustó, obligándoles a huir a galope por la pradera. Los animales, en cuanto se vieron libres, se alejaron relinchando y dando furiosos manotazos al aire.



Los dos ladrones estaban custodiando con fiadamen- te las vacas robadas, cuando oyeron los relinchos y galopes, y vieron que sus caballos huían asustados. Rápidamente se levantaron y salieron en persecución manejando sus lazos.



Cuando Miguelín hubo acabado su tarea de espan- tar a los caballos regresó a donde Maruja se halla- salió a galope hacia donde estaban las vacas roba- ba esperándole, y montando de nuevo en su caballo das. Maruja le seguía de cerca.



Entre los dos cercaron a las reses robadas, y, hos- tigándolas, comenzaron a encaminarlas hacia la gran- ja del señor Randall. "¡Tenemos que apresurarnos, Mercedes!"—exclamó Miguelín impaciente—. "Los la- drones no tardarán en venir a nuestro alcance."



De vez en cuando Miguelín volvía la vista atrás, hasta que, por fin, como se temía, divisó a los dos ladrones que venían en su persecución. "¡Han podi- do alcanzar a sus caballos, y ahora se nos echan en- cima, Maruja! ¡No tardarán en capturarnos!"



Efectivamente; los ladrones iban ganando rápida- mente terreno, y ya los dos jóvenes pensaban en dar- se por vencidos y abandonar su empresa cuando oye- ron el galopar de otros jinetes y vieron a los vaque- ros del señor Randall que les salían al encuentro.



Dejando que sus hombres persiguiesen a los la- drones de ganado, el señor Randall fué a reunirse con Maruja y Miguelín. "¡Has dado hoy un buen golpe, muchacho!"—le dijo a éste el dueño de la granja—. "Te felicito, y yo quedo muy satisfecho."

"La cuerda salvadora". Tal es el título de la próxima aventura de Miguelín, que leeréis el jueves que viene.



De nada sirve que el capitán don Pío fracase siempre en sus intentos de bra- vo aventurero, ya que dichos fracasos en vez de desaliento le dan ánimos para emprender nuevas correrías.



Una de las cosas que acaban con la calma de don Pío es que Nicanor se de- dique a la pesca con caña, y claro, éste procura en todo momento suscitar las iras del capitán.



"Te he dicho ya mil veces, pedazo de alcornoque, que no quiero verte pescar, ¿te enteras, hermoso?" De lo que indu- dablemente se enteraba Nicanor era de los "tortazos" que le regalaba don Pío.



Una vez que éste cumplió con su de- ber de capitán gruñón y chinchorrero, se puso a fumar, en compañía de unos amigos, unos puros, que parecían "ze- pelines" por lo grueso y largos.



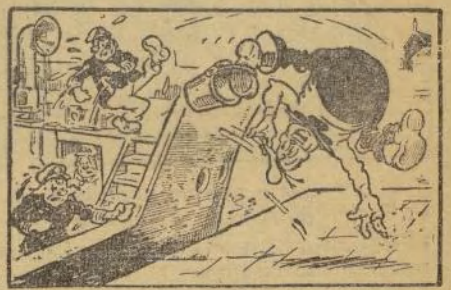
Cuando Nicanor vió salir aquella can- tidad de humo del camarote del capitán, don Pío creyó que habían empezado a arder las patillas de éste.



Y, deseoso de ponerse a bien con él, comenzó a echar cubos de agua por el ventilador, mientras una sonrisa de sa- tisfacción retozaba en sus labios.

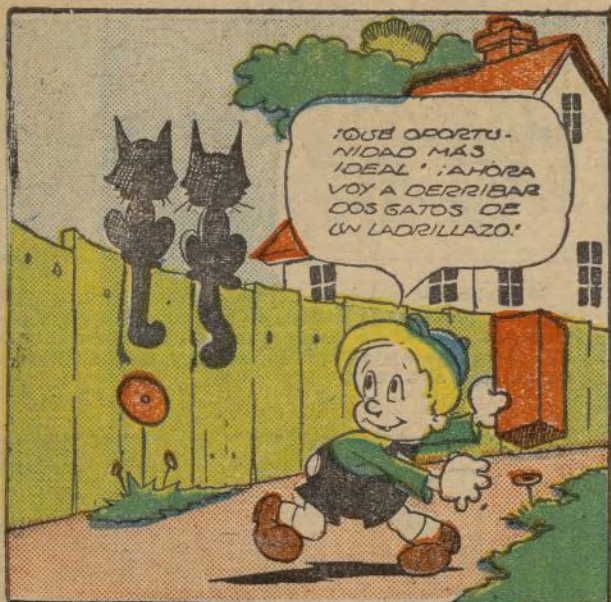


En el momento en que el capitán se encontraba en el punto cumbre de una narración, en la que hacía de héroe ma- rino, llegó el remojón y le dejó frío.



Y don Pío demostró entonces a sus amigos que era tan buen futbolista co- mo mal capitán, cosa que no agradó del todo al desgraciado Nicanor.

ANDANZAS DEL GATO FELIX



Isidorito era el niño más bestia de su barrio y de veinte leguas a la redonda. Paseaba aquel día, pensando lo que haría para meter a su hermanito Felipe una mecedora en la cabeza, cuando acertó a ver a dos gatitos juntos, y pensó derribarlos de un ladrillazo.



Félix, que desde la caseta de las máquinas soporíferas miraba el mundo, observó la mala faena de Isidoro, y al instante pensó en enseñar al bestia aquel de niño el respeto que es preciso tomar a todos los gatos.



Al instante mandó a Isidorito una pesadilla de veintiocho arrobas, que eran las pesadillas de más peso que fabricaba la máquina soporífera, y el bestia del niño se quedó completamente Roberto—no siempre ha de ser Roque—, apoyado contra un árbol.



Y ya en plena pesadilla, Isidorito compareció ante Mamerto XXVII, emperador de todos los gatos, y Mamerto habló así: "Por traidor y por pelmazo — y ser pillo entre los pillos — dispararán mis gatillos — cada uno un ladrillazo—hasta afeitarte el flequillo".



Y sin que le valieran súplicas ni lamentaciones, los gatillos, que eran dos gatos como dos ovejas, se apresuraron a cumplir con Isidorito la pena decretada por Mamerto, que era la pena de un tío carnal de Talión: Ojo por ojo y ladrillazo por ladrillazo.



Isidorito comprendió que con aquello iba a sufrir más que si le diera la escarlatina. Quiso gritar y no pudo levantar los pies; quiso correr y no consiguió mover la lengua. Los rayos soporíferos cumplían su cometido, y el apedreado recibió otro ladrillazo.



Y gracias a que un pajarito tomó su cabeza por un melón de Año Nuevo de Tajo y le sacudió un picotazo con sangre que le hizo despertar y comprender que aquel suceso espantoso, horrible, atroz, cruel, trágico y acardenalante, había sido un sueño.



Pero la saludable enseñanza del sueño — los niños no deben maltratar a los animales — había surtido su efecto, y el chavalillo, curado de sus malas ideas, fué el mejor amigo de los gatos, y hasta cuando cogía el del "garage", se calzaba los guantes para no arañarlo.



Y allá en las alturas, por donde los astros y los autogiros van, Félix supo del último deleite que supone el practicar el bien, y se propuso seguir empleando la máquina soporífera en los más encomiásticos menesteres. ¿Qué aventura le esperaba ahora? (Continuará.)